

Carlos Alberto Mayo (1947-2009)

Osvaldo Barreneche
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata – CONICET
obarreneche@ciudad.com.ar

El 9 de Mayo de 2009 falleció el Doctor Carlos Alberto Mayo. Destacado docente, académico e historiador reconocido internacionalmente, en especial por sus contribuciones a la historia americana colonial. Sin embargo, aquí en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata donde enseñó toda su vida, más que al profesor Mayo recordamos a “nuestro” querido Carlos.

Todavía nos parece verlo andar por los pasillos y las escaleras de la Facultad de Humanidades, edificio cuyo ascensor “part-time” nunca le facilitó el trajinar de su frágil salud. Pese a ello –y así de empecinado era Carlos- nunca dejó de subir como fuera los dos pisos para dar clases, los cinco pisos para batallar en el Departamento de Historia, o los otros tantos pisos para atender los asuntos del Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC) que había fundado y que con tanto cariño dirigió hasta su muerte.

Su caminar bamboleante atraía las curiosas miradas, como la mía cuando lo vi por primera vez hace ya tantos años. El pantalón y el saco, algo arrugados, desbordados por su humanidad; el pelo apenas alisado hacia atrás; el portafolios desgajado. La pulcritud no era su principal virtud. Pero bastaba que comenzase a hablar en el aula para que toda otra cosa relativa a su persona pasase a un segundo plano. Así de sencillo. Carlos si que sabía dar clases. Hasta aquellos que no lo querían mucho siempre le reconocieron esa capacidad docente. Sus lecciones abrían una ventana al pasado americano colonial, una por la cual los alumnos podíamos ver encarnadas las categorías y conceptos. El recreaba con rigurosidad histórica esos rostros del ayer, que venían a confirmar o desafiar las teorías más mentadas.



El bar *Don Julio* de 6 y 49 era su “oficina” preferida. Allí atendió a colegas, graduados, dirigidos o simplemente alumnos de grado que se le acercaban para consultarlo. Historia de un periodo al que muchos de nosotros le hubiésemos pasado de largo de no haberlo conocido por Carlos. Así, en *Don Julio*, mientras se comía un sacramento de jamón y queso con una gaseosa “light” (uno de sus “platillos” favoritos), no paraba de sugerir ideas, pistas, claves y bibliografía sobre el tema que uno le pusiese delante.

Como investigador y eventual director de proyectos y becarios, Carlos no se dejaba ganar en generosidad. Si uno iba a verlo con una idea seguramente se volvía con tres más. Y para que no quedaran dudas de que trabajar a su lado requería esfuerzos de superación, era casi seguro que el segundo libro que sugería leer a alguno que lo consultaba para profundizar sobre cualquier tema, estaba escrito en inglés. Esos textos generalmente eran provistos por él mismo; ediciones recientes a las que era difícilísimo acceder para la mayoría. Era un maestro. Hacía que sus alumnos, especialmente graduados, “descubrieran” cosas que en realidad él mismo ya sabía. Y cuando parecía que todo estaba resuelto y explicado, sugería con su pícara sonrisa una visita al Archivo para ver si era tan así lo que acababan de contarle.

Historiador de tiempo completo, Carlos gozaba del trabajo de archivo. Contra su propia salud, contra la opinión de médicos y amigos, contra todo, se pasaba horas, días, meses ojeando expedientes judiciales, informes y testimonios, cartas y edictos, y reportes de los más variados. Claro, cuándo salía de allí y escribía sus artículos y libros, era como quien ha construido su evidencia sobre la roca. Podían cuestionarlo y criticarlo, pero todos sabían que lo que él decía venía solidamente fundado.

Carlos era una persona de convicciones fuertes, con una mirada sobre la historia y sus protagonistas que lo llevó a terrenos de debate con varios colegas. Sin embargo, nunca dejó que la academia ahogara a la persona. Muchos fuimos testigos de sus perdurables amistades con sus “rivales” en las discusiones sobre la historia social colonial. La discusión terminaba, pero la amistad seguía. Eso también lo hacía diferente. No se juntaba solo con aquellos que le daban la razón. Ni tampoco aceptaba dirigir solo a aquellos que le eran funcionales a sus propios intereses académicos.

Varios de nosotros, sus alumnos y becarios, alcanzamos títulos de posgrado en el exterior gracias a sus contactos, su empuje y su aliento. Esos “contactos” no eran ocasionales. Cuando llegaba el invierno aquí al sur, empezaban a aparecer los investigadores extranjeros por los archivos. Y entre los puntos de sus intensas agendas, siempre se guardaban un tiempo para conversar con Carlos. Lo que él estaba investigando, en determinado momento, no era irrelevante para estos visitantes.

¿Es esta acaso una mirada demasiado ingenua o indulgente sobre Carlos A. Mayo? No lo se. Si se lo que él significó para muchos de nosotros y para el académico mundo de los historiadores. Por eso, con justicia póstuma, su muerte temprana entristeció a propios y extraños y disparó varios recordatorios, obituarios y homenajes merecidos a su trabajo y su trayectoria. Este es uno de ellos. Uno que quiere recordar lo mejor de este entrañable profesor que nunca vamos a olvidar.

Hasta siempre, Carlos!